

cuerpo, y el corazon al cerebro, que es el mas noble miembro (donde reside el senado y los cónsules, que son los sentidos exteriores e interiores), y así él tambien provee de sentido á todos los miembros: para que por este ejemplo se vea cómo la preeminencia y dignidad de los mayores, se ha de emplear en el gobierno y provecho de los menores.

Hay tambien aquí otra providencia del Criador: el cual no consiente que en esta su casa haya cosa desperdiciada y sin provecho, así como no quiso que hubiese en el mundo lugar vacío, ni consintió que los pedazos de pan que habian sobrado del milágo de los cinco panes (b) se perdiesen. Pues por esto de tal manera trazó el gobierno de nuestros cuerpos, que lo que en una parte sobraba como superfluo, en otra fuese necesario: como lo vemos en la melancolía que desecha el hígado, la cual sirve de mantenimiento para el bazo, que es miembro ménos noble: como vemos en las casas de los ricos, donde los criados se mantienen de lo que sobra de las mesas de sus señores. Y lo mismo vemos en las otras superfluidades que despide de sí el hígado y el estómago.

Sobre todo lo dicho se ha de advertir otra cosa, que no ménos declara el consejo de la divina Providencia, y es que, como Aristóteles dice, no hace la naturaleza, esto es, el autor della, sus obras semejantes á un cuchillo que habia en la isla de Delfos, el cual servia de muchos oficios e instrumentos, sino para cada oficio ordenó su propio instrumento, los ojos para solo ver, los oídos para oír, las narices para oler, etc. En lo cual se ve la realza desta casa de nuestro cuerpo, que el Criador fabricó para morada de nuestra ánima, como para cosa criada á su imágen y semejanza. Porque vemos que en una casa de un escudero ó de algun pobre hidalgo, muchas veces no hay mas de uno ó dos criados que sirven de todos los oficios de casa; mas en la casa de un rey vemos que hay gran número de oficios y de oficiales, diputados cada uno para su oficio. Porque como el rey es rico y poderoso, tiene facultad y caudal para sustentar todo este número de oficiales. Pues aplicando esto á nuestro propósito, ninguna casa real ha habido en el mundo, aunque fuese la de Salomon que tan grande espanto puso á la reina Sabá (c), que tantos oficiales tuviese cuantos tiene la casa real de nuestro cuerpo, que el Criador fabricó, segun está dicho, para morada de nuestra ánima; en la cual siendo tantos y tan varios los oficios, no se hallará un oficial que tenga dos oficios juntos, sino cada uno el suyo. Y si alguno parece tener mas que uno, es por razon de la diversidad de partes que hay en él. Esto se ve no solo en los cinco sentidos exteriores, sino mucho mas en los miembros interiores. Y así él fabricó el estómago para cocer el manjar, las tripas para recibirlo y purgarlo, el hígado para hacer la masa de la sangre, el corazon para criar los espíritus de la vida, los sesos del cerebro para criar los espíritus animales, las venas para repartir la sangre, las arterias para llevar los espíritus vitales, y los niervos para repartir los animales, y así otros muchos que pudieramos aquí contar. Lo cual todo sirve no solo para declarar la órden de la divina Providencia, sino tambien para instruccion y fundamento de la medicina. Porque entendida la calidad y condicion de las partes del cuerpo, y la dependencia que tienen unas de otras, saben los médicos dónde han de aplicar las medicinas, y en qué lugares han de mandar hacer las sangrías,

(b) Ioann. 6. (c) 3. Reg. 10.

y dónde han de dar el cauterio de fuego, con lo demas. Porque ya hemos visto curarse un gravísimo dolor de ciática que estaba en el cuadril del muslo, dando un cauterio en el oído, por la dependencia que hay desta parte superior á la otra inferior.

Presupuestos agora pues estos documentos generales, descenderémos á tratar del uso y oficio de las principales partes de nuestro cuerpo, para que veamos cuán perfectamente sirven á la facultad del ánima vegetativa, que es á la sustentacion de nuestra vida. Y en la acomodacion y proporcion destas partes para este fin, verémos claro el artificio y sabiduría de la divina Providencia que esto trazó y ordenó.

CAPITULO XXVI.

De los miembros necesarios para la digestion y purificacion del manjar.

Pues como sea necesario el mantenimiento para la conservacion de nuestra vida, proveyó la divina sabiduría de muchos y diversos oficiales para este género de alquimia, si así se puede llamar; porque para una mudanza tan grande como es hacer de pan ó de cualquier otro manjar carne humana, eran necesarios muchos oficiales y muchos cocimientos y alteraciones del manjar, para que dejada su propia forma se mudase en nuestra substancia.

Pues la primera digestion y el primer oficial que la ha de hacer es la boca, la cual digestion es tan necesaria, que, como dicen los médicos, el yerro de la primera digestion no se corrige en la segunda: ca todos los miembros tienen sus oficios limitados, y son entre sí tan comedidos, que ninguno quiere usurpar el oficio del otro. Los instrumentos con que la boca hace esta primera digestion son los dientes. En cuya fábrica comienza ya á descubrirse el artificio de la divina Providencia, porque los que están en medio son agudos para cortar el manjar, y los postreros de un lado y de otro son llanos, como las piedras de un molino, para moler y desmenuzar lo que los otros hubieren cortado. Y aun otra particularidad hay en ellos, que no se debe echar en olvido, y es, que así como los molineros pican las piedras para que corten mejor el grano, en lugar desta picadura formó el Criador nuestras muelas no lisas, ni del todo llanas, sino con alguna desigualdad, que sirve de picadura, y esta tan firme, que moliendo siempre el manjar, permanece y dura cuasi toda la vida, sin tener necesidad de renovarse cada dia como la otra. Y porque hay algunos manjares duros y dificultosos de cortar, para esto formó los colmillos, que son mas recios, para vencer esta dureza y dificultad. Y porque para esto se requeria mayor firmeza, proveyó que tuviese cada uno tres raíces con que se encarnase en las encías, como quiera que los dientes delanteros, que son para ménos trabajo, no tengan mas que dos: para que por aquí se vea cómo á ninguna cosa por muy menuda que sea, faltó la divina Providencia. Sirve tambien para esta digestion la lengua como pala de horno, traspalando el manjar de abajo arriba, para que por todas partes quede molido y desmenuzado.

De la boca se sigue por la garganta un coladero ó garguero, porque así le llamaremos de aquí adelante, el cual atrae á sí el manjar ya molido, y lo lleva al estómago, que es el cocinero general de todos los miembros. Mas ántes que pasemos adelante, será necesario advertir que de la parte de nuestra boca mas vecina á la

garganta, proceden dos canales: la una es este garguero que decimos, por do va el comer y beber al estómago; el cual está siempre cerrado para que no entre aire ni frio por él, que impida el cocimiento de la digestion; pero ábrese y dilátase con el mismo manjar que el estómago atrae á sí. Mas la otra canal va á parar al pulmon, que es por donde respiramos y hablamos; y esta está siempre abierta, para que siempre respiremos por ella. Y por esto el Criador la hizo anulosa; porque es compuesta de unos círculos como anillos, aunque no toda, sino los dos tercios della, para que así esté siempre tesa y abierta para el oficio susodicho. Mas con todo eso á la boca desta entrada está una lengüeta tan delicada, y asentada con tal primor, que el mismo aire con que respiramos la abre y la cierra, como lo hace el agua de la marea en la compuerta de los molinos de la mar, cuando sube y cuando baja. Y sirve esta lengüeta para que no entre por la caña del pulmon algun polvo ó aire destemplado, que pueda hacer algun daño.

Mas preguntará alguno: ¿por qué razon los dos tercios desta canal son anulosos, y el otro tercio no, ántes es de una materia blanda y flexible? Aquí comienza ya á descubrirse el artificio de la divina Providencia, que de nada se olvidó. Porque si toda esta canal fuera anulosa y estuviera tesa sin doblarse, pudiera un hombre ahogarse con un bocado grande. Mas siendo el un tercio blando por la parte que se junta con el coladero que decimos, dilátase y da amor de sí, para que el bocado pueda pasar sin este peligro.

Mas otra providencia hay aquí mas admirable; porque preguntará alguno, si la canal que va á parar al pulmon, ha de estar abierta, podrá entrarse por ella el manjar ó el beber, y ahogarse ha el hombre. Porque por experiencia se ve, que si una sola gota de agua entra por ella, nos vemos en aprieto y todo se nos va en toser para echar fuera lo que por allí entró. Pues ¿qué remedio para esto? Halló aquella infinita sabiduría.

Para lo cual habemos de presuponer que esta canal está por la parte superior continuada con el coladero. De donde viene á ser, que cuando el estómago atrae á sí el bocado ya mastigado para abajo, abájase juntamente con él este coladero; y cuanto mas este se abaja, tanto sube hácia arriba la canal del pulmon: así como acaece cuando están dos cubos de agua atados sobre un pozo, donde vemos que cuanto mas tirais para abajo el uno, tanto mas sube para arriba el otro; y subiendo este para lo alto, hace que ninguna cosa ni de lo que se come ni bebe entre por él. Lo cual puede experimentar el prudente lector, cuando á este paso llegare, poniendo la mano en la nuez que tenemos en la garganta, y tragando la saliva. Porque luego verá cómo este hueso se levanta; y sube á lo alto junto con la canal que está pegada con él. Esta es una de las singulares obras deste artifice soberano, que halló camino para lo que nuestro ingenio no pudiera alcanzar, trazando estas dos canales de tal manera, que este coladero de una via hiciese dos mandados, llevando el bocado para abajo, y haciendo que la cabeza de la canal del pulmon subiese hácia arriba, para que desta manera ni lo que se come ni se bebe entrase por ella, y ahogase al hombre. Para lo cual tambien sirve aquella lengüeta que dijimos estar á la boca desta caña, para que nada desto entre por ella.

Mas volvamos agora al estómago, el cual comienza luego á alterar el manjar que recibe y á darle otra for-

ma, y aquí se hace la segunda digestion. Y porque esta no se puede hacer sin calor y sin fuego, sirve para esto primeramente el corazon, que es su vecino, y es miembro calidísimo, y así influye calor en esta olla del estómago. Y sirve tambien otro vecino, que es el hígado; el cual asimismo es miembro caliente. Y lo que es mas admirable, sirve tambien la cólera, que es como fuego para esto. Porque de la vejiguilla donde ella está, va una vena por do esta cólera camina á dar calor al estómago. El cual está compuesto de dos túnicas.

Y esta cólera entra por aquella vena entre la una túnica y la otra; y así, como un leño encendido, se pone debajo del suelo desta olla para darle calor. Pues ¿quién no adora aquí al autor desta singular providencia? Tambien todos los miembros, como si tuvieran sentido para conocer que el estómago guisa de comer para todos ellos, así ayudan á este cocimiento con su propio calor. Y de aquí es que acabando de comer se nos enfrían los pies y las manos, porque el calor destes miembros va á ayudar al cocimiento del manjar con que ellos se han de mantener. Y esto se hace mediante una facultad que los médicos llaman virtud regitiva, ó regidora, de todo el cuerpo; la cual es como mayordomo mayor desta casa real donde nuestra ánima mora. Y esta es la que hace estas aplicaciones y otras obras semejantes que se requieren para la conservacion de nuestra vida.

Deste segundo ventrículo del estómago va luego el manjar á los intestinos, que son las tripas. Y destas sale gran muchedumbre de venas muy delgadas, las cuales se van ensanchando y ramificando de tal manera, que vienen á parar en un tronco, que es la vena que llaman porta; la cual viene á fenecer en la parte baja del hígado. De modo que ella tiene la misma figura que un árbol; sino que la diferencia está en que en el árbol sube el humor de las raíces y tronco á las ramas; mas aquí por el contrario, sube el licuor del manjar de las ramas al tronco; las cuales cuanto están mas vecinas á los intestinos, tanto son mas delgadas. La causa es porque no entre ni vaya por ellas al hígado (donde se hace la tercera digestion) cosa gruesa, sino muy líquida. Y para esto sirve el beber, para hacer mas líquido y ralo el manjar, para que así pueda colarse por estas venas tan delicadas.

§. I.

Oficio de los intestinos, y causas de los excrementos.

Pues volviendo al propósito, por estas venas tan delgadas que nacen de los intestinos, especialmente de los mas vecinos al estómago, atrae á sí el hígado el manjar ya digesto y cocido, dejando en los intestinos lo ménos puro y mas grueso para mantenerlos. Porque como ya dijimos, no se desperdicia nada en esta casa de Dios, y así lo que es superfluo para un miembro es necesario para otro. Y para que esto se pueda mejor hacer, ordenó aquel artifice soberano, que estos intestinos tuviesen tantas vueltas y revueltas (porque tienen mas de sesenta palmos en largo), para que en tan largo trecho haya tiempo para atraer el hígado á sí todo lo que fuere de provecho; demas de ser esto necesario para la vida política del hombre. Porque á no haber mas de un intestino corto, ni se pudiera el hígado aprovechar bien del manjar, y así el hombre siempre padecería hambre; y á cada paso tendria necesidad de purgar el vientre. Mas

á estos inconvenientes proveyó el Criador de la manera que está dicho.

Después que los intestinos han servido deste oficio, las heces, que no son ya de provecho, despiden por su desagüadero; el cual está en la mas secreta y escondida parte de nuestro cuerpo. Lo cual nota y encarece Tulio diciendo, que así como los que edifican una casa esconden estos lugares de nuestra purgacion de la vista de los ojos, porque no se ofendan de cosa tan fea y de mal olor: así aquel soberano artífice desta casa de nuestros cuerpos (donde las ánimas moran), alejó de la vista de nuestros ojos lo que nos pudiera causar descontento y mal olor, si en otra parte estuviera. Mas aquí halló Teodoro materia para exclamar y glorificar á Dios, por haber tenido tanta cuenta con lo que convenia al hombre, que (siendo él fuente de toda pureza) no se desdén de inclinar sus ojos á nuestras vilezas, y poner sus divinas manos en lo que tenemos por cosa indigna de nuestros ojos, para que por aquí se vea que en todo es él admirable.

Tampoco se ha de disimular aquí el regalo de la divina Providencia para con nuestras tripas. Porque como ellas sean de substancia flaca y deleznable (aunque muy útil y conforme al oficio que tienen), no por eso las despreció; ántes las proveyó de una tela muy blanda, llena de grosura, que es como una colcha que las abraza y abriga para que estén mas guardadas.

Agora volvamos al hígado, donde se hace la tercera digestion y alteracion del manjar, el cual atrae á sí lo mas líquido dél por aquellas venas delgadas, que dijimos, y lo recibe en los senos y poros de que está lleno. Y como él sea de color de sangre, así de blanco lo muda en su mismo color. Y no contento con las primeras purgaciones (en las cuales se apartaba lo impuro de lo mas puro), añade él otra mas perfecta, recociendo mas con su calor natural el manjar que recibe, y despidiendo de sí lo ménos puro; como vemos que lo hace la olla de carne puesta al fuego cuando hierve. Y como en el manjar que dentro de sí recibe estén todos los cuatro humores, que son flema, sangre, cólera y melancolía, lo que sobra de la melancolía envía al bazo, el cual por sus conductos y caminos lo atrae á sí, y se mantiene dél; pero lo demasiado de la cólera envía á la vejiguilla de la hiel, que está pegada con el mismo hígado; la cual atrae á sí este humor, con que ella se mantiene. Para lo cual tiene tambien sus venas y vias; y si estas por alguna mala disposicion vienen á entupirse, derrámase este humor colérico por todo el cuerpo, y así viene el hombre á hacerse ictericiado. Mas porque como se dice que en la casa del sabio no hay cosa ociosa, estos dos excrementos susodichos, que son cólera y melancolía, sirven tambien después de desechados para otros efectos. Porque la cólera tiene ciertas vias, por las cuales descende á los intestinos; y mordiscándolos con la viveza de su calor y actividad, hace bajar los excrementos para purgar el vientre. Porque los intestinos ninguna virtud ni vigor tienen para esta expulsion; mas la melancolía que está en el bazo sirve para causar hambre y gana de comer, sin la cual el animal pereceria; si no tuviese este despertador que le sollicitase. Y esto hace levantándose y haciendo una corrugacion en las paredes del estómago, con las cuales se causa la hambre. En lo cual vemos dos maravillas: la una es descender la cólera (que naturalmente sube á lo alto, porque es de naturaleza de fuego), y la otra subir

la melancolía, siendo su naturaleza descender á lo bajo, porque es de la condicion de la tierra. De lo cual maravillado Avicena, gran filósofo, aunque moro, no se pudo contener, que no alabase la divina Providencia, que hace estas dos maravillas para la sustentacion de nuestra vida, que son bajar el fuego y subir la tierra. Y si esto hace un moro, ¿qué será razon haga un cristiano, así por estas como por otras semejantes maravillas?

Quédanos agora otro excremento, allende de los dos ya dichos, que es la aguanosidad de lo que se bebe; la cual dijimos que principalmente servia para que el manjar y la sangre pudiese mas fácilmente penetrar y caminar por todas las venas del cuerpo, de las cuales muchas son muy delgadas. Es pues de saber que después de hecho este oficio, despiden de sí los miembros este humor, como carga ya inútil, y parte della se resuelve en sudor, cuando hay ejercicio, y parte vuelve por los mismos pasos al tronco de la vena grande que procede del hígado, por donde salió: debajo del cual están los riñones, y estos tienen dentro de sí sus concavidades y senos, adonde viene á parar la orina; la cual atrae á sí por una vena que llaman chupadora, diputada para este oficio. Y porque ellos no pueden retener tanta abundancia de humor en sí, proveyó el Criador de un receptáculo, que es la vejiga, en que este humor se recogiese. Mas la manera en que la orina entra en este estanque es cosa tan admirable, que por ella Galeno, filósofo gentil, nos convida á mirar en esto el artificio de la Providencia divina. Porque destes dos riñones nacen dos venas (que se llaman uréteras), las cuales una por un lado y otra por otro van á parar á este estanque. Y por ser ellas muy sutiles y delicadas, son causa de gran dolor á los que padecen enfermedad de piedra; porque por ellas deciendo la piedra á la vejiga, y así los dolores de los tales son semejantes á los dolores de parto. Mas veamos agora la puerta por donde entra así la piedra como el humor. Pues para esto es de saber, que esta vejiga tiene dos túnicas ó camisas, la una junta con la otra, y aquellas venas que llamamos uréteras van á fenecer cada una por su parte en la primera destas túnicas, por un sutil agujero que para esto tienen, y en la otra túnica interior está otro, mas no en frente deste primero, sino mas abajo; y por estas venas que dijimos (las cuales hacen en el camino ciertas vueltas) va la orina entre ambas túnicas, hasta llegar al otro agujero de la túnica interior por donde entra en la vejiga, y después de entrada no puede volver atrás por estar muy conjunta la una túnica con la otra. Esto vemos en una pelota de viento, en la cual el mismo viento cierra la boca por do entró con un poquito de cuero que está á par della. Pues desta manera entrando la orina por el primer agujerillo de la primera túnica, y caminando por entre ambas al segundo de la segunda, que está (como dijimos) desviado del primero, en entrando en la vejiga por él, no puede tornar á salir porque este segundo agujerillo se cubre con la primera túnica, la cual está tan pegada con la segunda, que tapa aquel agujerillo de tal manera, que ni la orina puede volver atrás, ni aun aire puede entrar por él. Esto vemos cada dia por experiencia; porque toman los muchachos la vejiga de un animal, y soplando por el caño della, hinchena de viento, y atada esta boca, se queda llena de aire sin que pueda salir repunta dél. Pues en este caso piden los que esto saben á los que no lo saben, ¿por qué via entró

la orina, y tambien la piedra cuando la hay, en la vejiga, pues ella está por todas partes tan cerrada, que ni un vaho de aire entra ni sale por ella? La causa es la que está dicha, que nos declara la traza y artificio admirable de aquella infinita sabiduría que así lo supo ordenar. En lo cual vemos tambien, que así como proveyó de tan largos intestinos para retener los excrementos del manjar ya digerido, para que no anduviese el hombre á cada paso purgando el vientre, así proveyó deste estanque, porque no anduviese siempre orinando. Y á la boca deste estanque puso el Criador su cerradura, que es un niervecico, el cual tiene apretada y cerrada aquella puerta, como si con dos dedos apretádes el cuello de una bota, para que no se derramase lo que está dentro della. Y es cosa esta en que no ménos resplandece la divina Providencia que en la pasada, la cual de tal manera subjectó este niervecico tan pequeño al imperio de nuestra voluntad, que cuando ella quiere que se abra para evacuar el humor, se abre, y cuando quiere retenerlo, se cierra y aprieta. Por lo cual todo sea bendito el obrador de tantas maravillas y providencias.

§. II.

Del oficio del hígado.

Agora volvamos al hígado, ya purificado destes excrementos susodichos, y al repartimiento de la sangre, que en él se engendrará. Para esto se ha de presuponer que el hígado es como el despensero de la casa de un gran señor, que reparte sus raciones y da de comer á todos los de su casa. De suerte que como el estómago es el cocinero, así el hígado es el repartidor y despensero. Pues él hace desta masa de la sangre dos partes principales: la una es para mantenimiento de todos los miembros y huesos; la cual sangre se distribuye por las venas de todo el cuerpo, que tienen su principio y raíces en el hígado. Del cual nace un tronco, que es una vena grande, que se llama la vena cava; y esta, á manera de las ramas de un árbol, se va ramificando en diversas venas, unas mayores, y otras menores, como lo vemos en las ramas de cualquier árbol, y aun en cada una de sus hojas. Estas pues extendidas por todo el cuerpo, llevan la sangre mezclada con los otros humores, y la reparten por todos los miembros, sin dejar parte alta ni baja sin su racion. La cual los mismos miembros llaman, y atraen así con aquella virtud atractiva que dijimos; y atrae cada miembro á sí de toda aquella masa lo que es conforme á su naturaleza. Y así los huesos, que son duros, atraen á sí de los cuatro humores el que es frio y seco; porque estos dos humores son proporcionados á la naturaleza dura que ellos tienen. Donde entreviene otra maravilla, que con ser la sangre cuerpo pesado, y que naturalmente corre para bajo, no ménos sube del hígado á la cabeza para mantener á ella junto con todos los huesos y casco duro, que hay en ella. Y desta masa tambien resultan superfluidades y excrementos; mas ni aun estos quiso el Criador que fuesen inútiles; porque dellos se crian los cabellos, y los pelos de la barba en los hombres.

Esto es pues en lo que se gasta la mayor parte de la sangre. Mas otra parte della va derecha al corazon, el cual como tenga dos ventriculos, ó senos distintos, recibe esta sangre en el primero dellos; y allí con el gran calor dél, otra vez se refina y purifica, despidiendo por

la canal del pulmon toda la fumosidad y hollin que tiene. Y deste primer seno va al segundo, donde aun mas se afina; y de sangre venal se hace arterial, que es una sangre purísima y calidísima, la cual sirve para engendrar los espíritus que llaman vitales, porque son los que dan calor y vida á nuestros miembros. Desta manera aquella infinita sabiduría y providencia dispone todas las cosas suavemente, dando orden cómo las cosas imperfectas y groseras se vayan de tal manera perfeccionando, y adelgazando, y (si decirse puede) espiritualizándose; con lo cual tengan mayor virtud para oficios mas altos y mas importantes, como luego dirémos. Y para esto diputa sus vasos y senos con especiales propiedades y virtudes, para que esto se pueda convenientemente hacer: como lo vemos en estos dos senos del corazon, y en todo lo que luego dirémos que dél procede. Lo cual bien considerado, nos obligará á exclamar muchas veces con el Profeta Real, diciendo (a). Cuán engrandecidas son, Señor, vuestras obras. Todas están hechas con summa sabiduría, y la tierra está llena de vuestras riquezas y maravillas. Porque tras desto se siguen luego las arterias, que proceden del mismo corazon (las cuales llevan dentro de sí la sangre que llaman arterial, y los espíritus vitales por todo el cuerpo), así como del hígado nacen las venas, que llevan la sangre nutricional con que nos mantenemos: y así se distribuyen estas arterias, y ramifican por todo el cuerpo como las mismas venas. Mas esto con tal orden, que las arterias van siempre caminando debajo de las venas: lo cual dispuso así el maestro mayor desta fábrica, lo uno, porque las arterias (que son de mayor dignidad) tengan esta cubierta, para que estén mas guardadas; y lo otro, porque puestas debajo de las venas, den calor á la sangre, sin el cual se helaria y cuajaria. Porque la sangre arterial que procede del corazon es calidísima; por ser tal la fuente de donde nace. Y porque es esta sangre muy viva y muy activa, fortificó el Criador estas arterias con dos túnicas tan recias como si fuesen de pergamino, para que esta sangre no pudiese reventar y salir de su lugar. Esta sangre arterial sale por el tronco de una grande arteria que procede del corazon; el cual tronco se reparte en dos brazos, que después se van ramificando y extendiendo por todo el cuerpo, así como las venas, hasta hacerse muy delgadas; y el uno destes brazos descende á todos los miembros que están debajo del corazon hasta los piés, y el otro sube á los que están sobre él hasta la cabeza, no solo para dar calor y vida á estas partes mas altas, sino para que della se engendren los espíritus que llaman animales, de que luego trataremos.

§. III.

Del corazon.

Y por cuanto esta sangre se engendra en el corazon, será necesario tratar luego dél. Está pues él como rey en medio de nuestro pecho, cercado de otros miembros principales, que sirven al regimiento del cuerpo. Es él un miembro calidísimo, porque tal convenia que fuese el que habia de influir calor de vida en todos los miembros. Es tan grande su calor, que si acabando de matar un animal grande como es un buey, metiédesle la mano en él no la podriades sufrir. Tiene dentro de sí dos senos ó vientrecillos, uno al lado derecho y otro al iz-

(a) Psal. 105.

quiero, repartidos con una paredilla que está en medio de ambos, hecha de la misma substancia del corazón, que es una carne dura; porque tal la hizo el Criador, para tener dentro de sí una sangre tan caliente y tan viva, que en él se engendra, para que no se rezumase por las paredes dél. Del primero destes senos va la sangre al segundo á refinarse mas, como dijimos. En lo cual se ve otra providencia de aquel artífice soberano, que son los agujeros por donde así la una sangre como la otra hace estas sus entradas y salidas: en los cuales puso el Criador sus compuertas levadizas, que son unas telas delgadas, semejantes á las compuertas de los molinos de la mar (de que arriba hicimos mención); las cuales la misma mar cuando sube ó decae, abre y cierra. Porque así aquí la misma sangre cuando entra las abre y cierra, para que despues de entrada no pueda salir.

§. IV.

De los pulmones ó livianos.

Por ser el corazón calidísimo (como está dicho) le proveyó aquel sapientísimo maestro como á rey, de un continuo refrescador, que le está siempre haciendo aire para que no se ahogue con su demasiado calor. El cual oficio ejercita siempre, así cuando dormimos, como cuando velamos; porque en ambos tiempos respiramos. Y por eso la substancia del pulmón formó el Criador esponjosa y liviana (de donde le vino el nombre de livianos), para que fácilmente se pueda mover, extender y encoger. De suerte que este miembro, á manera de fuelles, se está siempre abriendo y cerrando; y abriéndose, recibe el aire fresco con que refrigera el corazón, y cerrándose despide el caliente que dél procede. Y en gratificación deste continuo servicio le mantiene el corazón y da de comer de su mesa real; porque sustentándose todos los otros miembros con la sangre de las venas (que es como pan casero, común á todos), este solo come de la mesa de su señor; porque se mantienen de la sangre arterial, que se forja en el mismo corazón, que es purísima y finísima.

Sirve tambien el pulmón para la voz, porque saliendo el aire que él despide de sí con algun ímpetu, y tocando en el gallillo ó campanilla que tenemos á la entrada dél, se forma la voz. Por donde si esta campanilla está hinchada con algun humor grueso, apénas podemos oír la voz de los que esto padecen, y mucho ménos la de aquellos que la tienen comida y gastada. Mas aquí es de notar que la boca de la caña deste pulmón, ni es grande ni redonda, ántes es hendida, así como la abertura de una alcancia. Lo cual sirve para formar la voz; porque deste modo están fabricadas las bocas de las flautas y dulzainas; porque desta manera entrando por ellas el aire colado se causa la voz. Donde vemos la conformidad del arte con la naturaleza que Dios crió, aunque primero fué la naturaleza que el arte.

Mas aquí es cosa digna de mucha consideración, ver la omnipotencia y sabiduría del Criador, que pudo formar una como flauta de carne, la cual sirve para cantar. Porque hacer una flauta ó trompeta de materia sólida, como es de madera ó de algun metal, no es mucho; porque la dureza de la materia sirve para la resonancia de la voz. Mas hacer esto de carne (cual es la caña del pulmón), y que en ella se formen algunas voces de mujeres y de hombres, tan suaves, que mas parecen de ángeles que de hombres, y estas con tanta variedad de

punctos, sin tener los agujeros de las flautas que sirven para esta variedad, esto es cosa que declara el poder y la sabiduría de aquel artífice soberano, que de tal manera fraguó la carne desta caña que se pudiese en ella formar una voz mas dulce y mas suave que la de todas las flautas y instrumentos que la industria humana ha inventado. Y aun no carece de admiración la variedad que en esto hay para servicio de la música acordada. Porque unas canales hay delgadas, en las cuales se forman los tiples, y otras en que se forman voces tan llenas y tan resonantes, que parecen atronar toda una iglesia, sin las cuales no podía haber música perfecta. Lo cual todo trazó y ordenó así aquel divino presidente, para que con esta suavidad y melodía se celebrasen los divinos oficios y sus alabanzas, con que se despertare la devoción de los fieles.

Mas aquí es de notar que cuando á la voz, que por aquí sale, se añade el instrumento de la lengua, venimos á articular y distinguir esa voz, y así se forma la habla, sirviéndonos deste instrumento, y hiriendo con él unas veces en los dientes y otras en lo interior de nuestra boca. En lo cual vemos cómo el arte imita á la naturaleza en los instrumentos que ha inventado, como parece en las flautas y en los órganos. Porque en los órganos (poniendo en ellos ejemplo) hay unos fuelles que envían aire á los caños, y despues tocando el tañedor en diversas teclas, hace diversos sonidos. Pues así el pulmón abriéndose y cerrándose sirve de fuelles, el cual cerrándose, envía por su propia canal este aire que de sí echa; y despues la lengua hiriendo en las partes de la boca susodichas, como en unas teclas, viene á articular la voz, y así se forman diversas palabras, con que el hombre (como animal político) trata y declara sus pensamientos y conceptos con otros hombres. El mismo ejemplo podemos poner en una flauta, por cuyo caño como por la caña de nuestro pulmón, corre el aire que dél procede; y el tocar diversos agujeros della, es como tocar con la lengua diversas partes de lo interior de nuestra boca; y así como la flauta hace diversos sonidos tocando en diversos agujeros, así la lengua, tocando en diversas partes de nuestra boca, forma diversas palabras. Desta manera nos dió el Criador facultad para hablar y comunicar nuestros pensamientos y conceptos á otros hombres. Lo cual así como es proprio del hombre entre todos los animales, así es un singular beneficio del Criador, de que carecen los mudos. En lo cual tambien resplandece su providencia; pues del aire caliente que el corazón despide de sí, por serle dañoso, se sirve para una cosa tan provechosa como es la voz y habla del hombre. Porque ninguna cosa quiere él que haya de sus obras tan inútil y despreciada, que ya que no sirva para una cosa, deje de servir y aprovechar para otra, como está dicho.

Tiene tambien otra facultad y virtud el pulmón, que es disponer el aire que por él entra, para que dél se engendren aquellos espíritus vitales que dijimos, los cuales se forman de los vapores de la sangre arterial, junto con una parte de aire; el cual distribuyéndose por todos los senos y substancia del pulmón, recibe dél virtud para esto. Los cuales espíritus, demas de darnos vida, sirven de otro oficio no ménos importante, que es ser materia de que se engendren otros espíritus mas nobles, que son los que se llaman animales, mediante los cuales sentimos y nos movemos, como dirémos luego.

§. V.

Consideración sobre lo dicho.

Agora sera razon filosofar un poco sobre lo que habemos hasta aquí tratado. Donde verémos cómo la divina sabiduría ordena (d) y dispone todas las cosas (como decimos) suavemente, que es procediendo por las causas á sus efectos, y proporcionando las causas con la dignidad de los efectos que quiere producir: de tal manera que cuanto es mas noble la forma que quiere introducir, tanto mas perfectamente dispone la materia en que se ha de recibir; porque no haya disproporción entre las causas y sus efectos, y entre la materia y la forma que della ha de proceder. Y comenzando por la primera causa de nuestra nutrición y mantenimiento, vemos que el manjar se mastiga y dispone en la boca para ir desmenuzado y molido al estómago; donde toma otra forma que los médicos llaman quilo, con la cual purificado de las heces que se despiden por los intestinos, se dispone para ir al hígado; en el cual recibe otra forma mas perfecta, que es de sangre. Y purificada ya esta, y despedida la cólera y melancolía con la superfluidad de lo que bebemos, se dispone para ir al seno derecho del corazón. Y en este se refina y purifica mas para ir al seno ó ventrículo izquierdo, donde se forman los espíritus vitales; y esos así dispuestos vienen á ser materia de que se engendran los otros espíritus mas nobles, que son los que dijimos llamarse animales.

Por lo dicho verá el prudente lector lo que acabamos de decir, que es la orden que la divina sabiduría tiene en la procreación de las cosas, ordenando que la materia se disponga conforme á la dignidad de la forma que ha de recibir: de tal modo que cuanto fuere mas noble la forma, tanto sea mas perfecta la disposición que se apareja para ella. Pues aplicando esta misma orden á las cosas espirituales, entenderémos que conforme al estado ó á la gracia que queremos alcanzar, así nos conviene disponer y aparejar. Y según esto, el penitente que desea alcanzar el fruto y efecto de la confesion, ha de ir dispuesto y aparejado con el dolor y arrepentimiento de los pecados, y con el exámen de su consciencia. Asimismo para recibir el fruto del sacramento del altar, conviene que vaya con otra mas perfecta disposición; porque este sacramento es mas alto y mas divino, para el cual debe ir con actual devoción; y no solo libre de pecados, sino tambien de todos los pensamientos que pueden distraer y menoscabar su devoción. Y no solo para los sacramentos, mas para todas las gracias y dones espirituales, han de preceder convenientes aparejos y disposiciones para ellos. Y según esto, el que desea gozar de la suavidad y consolaciones del Espíritu Sancto, ha de despedir de sí los gustos y consolaciones del mundo; como lo hacia David, cuando decia (e): Deseché mi ánima las consolaciones de la tierra: puse mi memoria en Dios, y en él me deleité.

Asimismo el que quisiere aspirar á la perfección del amor de Dios, ha de despedir de sí todos los amores desordenados del mundo. Y si desearé llegar de tal manera á Dios, que venga á hacerse un espíritu con él (que es hacerse un hombre espiritual y divino), ha de mortificar cuanto le sea posible todo lo carnal y terreno, cuando fuere impedimento de lo divino. Y si desearé hacerse semejante á aquel Señor, que es único y summo

(d) Sap. 8. (e) Psalm. 76.

bien, por la parte que él es bien, ha de apartarse de las cosas malas; y por la que es summo, no se debe ocupar en cosas bajas, aunque no sean malas; y por la que es único, no se debe entremeter en muchas cosas, aunque sean buenas, si fueren demasiadas, y tales que con su demasiada ocupación ahoguen el espíritu de la devoción. Y si para conseguir esto desea darse á la vida contemplativa, y tener cuando piensa en Dios la imaginación quieta, y libre de otros pensamientos, ha de ser como dicen los sanctos sordo, ciego y mudo para las cosas del mundo; y así tendrá mas desembarazada y pura la casa de su ánima, y mas libre del ruido de los pensamientos. Pero si hace lo contrario, no podrá dejar de ser molestado dellos. Y finalmente el que desea hallar á Dios de veras, sepa que lo ha de buscar de veras, y el que quiere alcanzar dél grandes dones, ha de conformar el trabajo, y la diligencia, y la vigilancia conforme á la dignidad dellos: así como el que quiere ser gran letrado, ha de ser muy diligente en el estudio.

Esto nos enseña Salomón (f) cuando dice que si deseamos alcanzar la verdadera sabiduría, la busquemos con el ardor con que los hombres trabajan por el dinero, y con la codicia de los que cavan buscando tesoros debajo de la tierra. Y conforme á lo mismo dice Moisés (g) que hallarémos á Dios, si lo buscaremos con todo nuestro corazón, y con toda la afición de nuestros ánimos.

Este es pues el estilo comun y ordinario con que nuestro Señor comunica sus dones y gracias á las criaturas, disponiéndolas primero, y aparejándolas para ellas. Verdad es que como él no sea agente natural, no está sujeto á estas leyes que él ordinariamente guarda. Ca muchas veces, sin que preceda alguna disposición, por espacio de tiempo hace él grandes y súbitas mercedes á quien le place, para manifestación de su liberalidad y magnificencia: como lo vemos en la vocación de Sant Pablo (h), de Sant Mateo, y de Sant Juan, y Sanctiago, los cuales estando remendando sus redes, fueron llamados á la dignidad del Apostolado. Y con esto darémos fin al tratado del ánima vegetativa, que sirve para sustentar la vida.

CAPITULO XXVII.

Introducción para tratar del ánima sensitiva, y de los espíritus animales.

Al principio deste tratado de la fábrica de nuestro cuerpo dijimos cómo los filósofos ponían tres diferencias de ánimas, una que llaman vegetativa, que tienen las plantas, otra sensitiva, que tienen los brutos, y otra intelectiva, que tienen los hombres; mas de tal manera, que esta nuestra ánima, con ser una simple y espiritual substancia, tiene estas tres facultades. Porque ella es la que por medio de los instrumentos que están dichos, sustenta nuestros cuerpos, y la que es causa de todos nuestros sentidos y movimientos; y tambien lo es de los discursos de nuestro entendimiento. Pues habiendo tratado hasta aquí de la facultad mas baja, que es de la facultad vegetativa que tienen las plantas, subiremos agora á tratar de la que tienen para darnos vida sensitiva, como la tienen los brutos. En lo cual tanto mas resplandece la divina sabiduría, cuanto esta facultad es mas noble que la pasada.

Pues para esto es de saber, que todo lo que hasta aquí se ha dicho no sirve para mas que para mantener

(f) Prov. 2. (g) Deut. 4. (h) Actor. 9. Matth. 9. Item 4.